



## ARTÍCULO

PRESENCIA. MIRADAS DESDE Y HACIA LA EDUCACIÓN, N.3 (2018)

Colegio Stella Maris <http://www.stellamaris.edu.uy/>

Montevideo – Uruguay

ISSN 2393-7076

**Reseña bibliográfica****Analía Marín<sup>1</sup>**

Recalcati, Massimo. (2016). *La hora de la clase: por una erótica de la enseñanza*. España: Anagrama. 167 páginas

201

La siguiente reseña presenta los puntos centrales del libro señalado en el título. El autor, Massimo Recalcati, analiza en forma amena y crítica la relación entre Escuela y sociedad a través de una mirada psicoanalítica, y en particular lacaniana, aunque no excluye a lectores sin formación al respecto. Su análisis tiene como objetivo la reconstrucción del deseo por el conocimiento o la transformación de este en objeto erótico. La reivindicación final que el autor plantea es una revalorización del lugar ocupado por el docente y en particular el poder transformador de la hora de clase.

Massimo Recalcati (1959) es un psicoanalista y ensayista italiano especializado en la psicopatología del comportamiento alimentario. Ha desarrollado una intensa carrera como docente en distintas universidades europeas. Su página *web* señala que su

actividad científica (...) se ha articulado en torno a algunas pautas fundamentales: análisis de la psicopatología contemporánea y los trastornos de la alimentación; estudio de la enseñanza de Jacques Lacan; reflexión sobre la figura del padre en la época hipermoderna. Análisis de la relación entre política y penurias de la civilización contemporánea, entre el psicoanálisis y la creación

<sup>1</sup> Profesora de Literatura. Contacto: [amarin@stellamaris.edu.uy](mailto:amarin@stellamaris.edu.uy)

**La hora de la clase: por una erótica de la enseñanza** es un seductor ensayo organizado en cinco partes –más una introducción y un epílogo– que se concentra quizás en el último aspecto que su sitio *web* indica, aunque también podríamos encontrar algunos elementos respecto al análisis de la figura paterna como representante simbólico –en este caso– de la autoridad. Su planteo principal es, a partir de una descripción de la situación actual de la enseñanza, reivindicar el “papel insustituible del enseñante” presentándolo como el encargado de “abrir al sujeto a la cultura como lugar de humanización de la vida” (página 14). Para esto, nos adentrará en su análisis a partir de una revisión de aspectos fundamentales de la sociedad hoy y su vinculación con la Escuela.

Recalcati hace una lectura desde el psicoanálisis y en particular desde la mirada lacaniana, no solo de la educación que hoy es y la que debería ser sino que también, como ya se indicó, ofrece una lectura crítica de nuestra época, del debilitamiento del discurso de autoridad, de la confusión de roles entre padres e hijos, y sobre todo del desprotegido lugar que el docente ocupa en las sociedades actuales.

El elemento central de su análisis será el concepto de *deseo* y la discusión acerca de si la escuela y su razón de ser, el conocimiento, pueden convertirse en objeto erótico para el estudiante hoy.

En la primera parte, Recalcati realiza una interesante descripción, a través del mito, sobre lo que considera son los complejos que la escuela ha tenido y tiene. Cabe señalar que por más que los distintos complejos que señala pueden leerse a la luz de acontecimientos de la historia reciente europea, se los puede ver también coexistiendo dentro del espacio simbólico de la Escuela.

Los mitos que elige giran en torno a la relación padre-hijo o si se quiere a la relación sujeto-autoridad: Edipo y su deseo de parricidio, Narciso y el riesgo mortal de la autocontemplación extasiada, y Telémaco y su búsqueda de un padre que restituya el equilibrio violado.

El complejo de Edipo vivido por la escuela se relaciona dentro del esquema tradicional de autoridad, donde el *pater familias* mantiene su poder tautológicamente apoyado en su tradición de poder. De la misma forma la escuela es también detentora de poder: la figura del docente “castrador” que niega la lectura crítica de su papel será la

figura representativa de este complejo. La exigencia de una obediencia acrítica a un poder sustentado en la tradición producirá, en la visión de Recalcati, la rebeldía escondida, el deseo de asesinar al padre. El cumplimiento simbólico de esta intención se concreta en las revueltas estudiantiles del 68 y del 77. Ahora bien, este destronamiento de la Ley en pos de la concreción del deseo produjo, según Recalcati, un importante error. Este fue ignorar la riqueza vital del deseo y convertirlo en algo meramente puberal, sin percibir que deseo y Ley se dan existencia mutuamente: “sin el deseo, la Ley se vuelve estéril y se convierte en una momia en defensa de un saber muerto, pero sin la Ley el deseo se fragmenta y se convierte en puro caos” (33)

Se podría considerar, desde la perspectiva de Recalcati, que la consecuencia de este parricidio fue la autocontemplación narcisista o el “hijo-Narciso”. Este es el hijo que no busca una “liberación colectiva” del deseo, se basta a sí mismo y solo sus requerimientos egocéntricos lo motivan. ¿Cuál es el riesgo de esta actitud tan reconocible a nuestro alrededor? La desconexión del Otro. Recordemos que Recalcati lee y analiza desde Lacan, y para este el papel de la otredad será sustancial para la subjetivación del individuo. Entonces, la ruptura del vínculo con el otro impide también el conflicto y sin conflicto lo que queda es la “confusión especular”. Esta puede reconocerse en la “igualdad” que se percibe en la relación padre/hijo o en la simetrización del vínculo docente/alumno. Ahora, ¿cuál es el peligro a que lleva este rechazo de la asimetría simbólica que se debería dar entre el docente y el alumno? Para Recalcati es la pérdida de peso de la palabra, reduciéndose a “un sonido carente de sentido”. Y las “meras palabras” son palabras sin vida, sin conexión con la vida, sin posicionamiento ético.

El último complejo que presenta el autor es el complejo del hijo que busca al padre: la escuela-Telémaco. Desde una mirada dialéctica se plantea cómo el hijo busca al padre, pretende la Ley, la necesita pero no para repetir de forma vacía el sometimiento edípico, ya que busca en este caso “un nuevo pacto entre generaciones” (43). Hay un reconocimiento de la figura del padre como agente indispensable del proceso de “humanización de la vida”. Se refiere con esto a la búsqueda de la diferencia generacional que destruyó Narciso, para construir su propia identidad. El docente será el encargado de reconstruir aquella autoridad simbólica perdida pero no desde el “*automaton* de la tradición” sino desde el testimonio de vivir el conocimiento como objeto erótico. El goce que ofrece no será inmediato o incestuoso, será el goce que provoca la entrada a la cultura: “hacer del conocimiento un objeto capaz de despertar el

deseo, un objeto erotizado en condiciones de funcionar como causa del deseo, capaz de estimular, de atraer, de poner en movimiento al alumno” (47).

La segunda parte discute acerca de la naturaleza del saber. Si la función de la escuela es “hacer del conocimiento un objeto capaz de despertar el deseo”, debemos preguntarnos qué es ese conocimiento, qué tiene en sí mismo que le permite aspirar a convertirse en objeto erótico. Para desarrollar su reflexión al respecto, Recalcati se preguntará: ¿qué actitud denota quien posee el saber?, ¿qué es poseer el saber?, ¿cómo debe el alumno acceder a ese saber que no le pertenece o no posee? El autor utiliza aquí como base para su reflexión *el Banquete* de Platón. Dicha opción no es ingenua puesto que la intención de Recalcati es arribar al concepto de transferencia, concepto trabajado por Lacan en el volumen 8 de su Seminario. Lacan también inicia su discusión sobre la Transferencia estudiando, analizando *El Banquete*. Ambos autores buscan hacer reflexionar al lector sobre la naturaleza del amor: Lacan para explicar la relación que entre paciente y terapeuta se da como herramienta o proceso de sanación; Recalcati como camino para explicar el papel central que el docente tiene en esa transformación del saber en objeto erotizado; y en ambos autores la transferencia será el concepto clave.

El texto de Platón y en particular lo que Recalcati llama “el gesto de Sócrates” será el hilo conductor de esta parte. Sócrates es presentado en esta sección como aquel que posee el saber pero un saber que es un vacío, un saber que frente a la construcción idílica de Agatón del saber como algo que puede traspasarse de un ser a otro, se presenta como una carencia. Sócrates invita con su gesto a que Agatón indague activamente a partir de ese deseo de saber, y no que espere la acción del maestro para llenarlo de conocimiento. De esto se desprende un concepto de saber y de maestro: “el saber del maestro nunca es el que colma la carencia, sino más bien lo que la preserva” (52). Y es el que sabe moverse, como hace Sócrates en *El Banquete*, del lugar de objeto amado (*erómenos*) al de amante (*erastés*) de ese saber que el discípulo “confunde” con el maestro.

Recalcati establece a través de esta lectura un paralelismo entre la relación que el paciente desarrolla con su terapeuta y la relación que se establece entre estudiante y docente:

Tanto en la experiencia del análisis como en la de la enseñanza, no corresponde al analista ni al docente aplicar su saber en el paciente y en el alumno, sino que son el paciente y el alumno quienes deben afanarse para buscar activamente en el Otro el saber que se les escapa. (59)

Toda esta segunda parte del libro es de las más atractivas y enriquecedoras para el lector, a pesar de la referencia constante al texto citado de Lacan.

En la tercera parte de su ensayo Recalcati analiza lo que él llama el trauma positivo de la Escuela. Aquí el autor muestra la contradicción inherente a la institución escolar: debe ampliar el horizonte del estudiante pero lo hace obligándolo a asistir diariamente. ¿Cómo hacer, entonces, para que la Ley que la escuela impone no termine liquidando el deseo de saber?

Ahora bien, la escuela obliga en determinado momento de la vida del sujeto a alejarse del ámbito hogareño de protección y “ley maternal”. Hay un mundo fuera de este y la única forma de que el sujeto lo conozca y pase a formar parte de la cultura es a través del desprendimiento del discurso materno en pos del discurso social. La escuela es quien lo adentrará en dicho discurso.

Es interesante prestarle atención al papel que el autor asigna aquí a la escuela. Para Recalcati nuestra época es una época de hedonismo adictivo, hedonismo del ya, del ahora, del goce que se vive y agota en el momento. El goce que no puede suponerse lejos del objeto. La escuela entonces será la encargada de ofrecer un goce nuevo, un goce para toda la vida y no inmediato. Así introduce el autor el concepto de *sublimación* para mostrar cómo el deseo o pulsión que se impone en el sujeto tiene a través del “modelo sublimatorio” una satisfacción no inmediata pero sí “generativa”.

Si en la segunda parte hubo una descripción del proceso de enseñanza como proceso de transferencia, donde interviene el estudiante que desea un objeto encarnado en el conocimiento del docente, en la tercera parte el tema que se plantea es que “lo esencial de la enseñanza estriba en movilizar el deseo de saber, en transformar en cuerpo erótico el objeto teórico...” (94). Para poder realizar dicha transformación Recalcati indica que es indispensable ver la relación que el propio docente haya desarrollado con lo que enseña, funcionando por contagio o testimonio el nacimiento en el alumno del deseo por abrirse a nuevos mundos que es el deseo a saber. Por eso no hay posibilidad de educar sin afecto. Este rol o papel asignado al docente (convertir el objeto teórico en objeto de deseo a partir de su relación erótica con el conocimiento que imparte) lo lleva al autor a desarrollar la importancia trascendental casi de lo que aparece en el subtítulo del libro: la hora de la clase.

Este ámbito será percibido por el autor como un espacio casi mágico en el que, teniendo como recorrido esencial la transferencia, el docente puede a través de esa hora de clase modificar la vida, el destino de una persona. Es más, frente al riesgo latente de

que el tiempo de la escuela sea un tiempo muerto o de repetición vacía (*automaton*), el docente y su estilo podrán evitar esta transformación tan habitual del tiempo de clase.

Ahora bien, no cualquier docente puede transformar el automatismo de la clase repetida y vacía en una experiencia erótica de encuentro con lo Nuevo. En primer lugar será el docente que construya su vínculo con el alumno desde la asimetría generacional, y el que viva el deseo de saber de forma paralela al deseo de enseñar. Este será, según el autor, el docente que deja una marca: el docente que siente amor por el conocimiento y puede transmitirlo a la hora de enseñarlo. Por último, será el docente que ame la vida torcida que es el alumno (el autor ha utilizado esta metáfora en otras partes del libro). Esta especie de descripción romántica del maestro como ejecutor de la misteriosa relación que se da en la hora de clase, aparece con su estilo, con su voz, para terminar poseyendo un don, el don de la palabra:

Para que el don de la palabra sea posible, todo maestro debe renunciar al saber ya sabido, debe convertir lo ya sabido, lo ya conocido, la memoria que preserva el saber ya adquirido, en nuevo una y otra vez, en renovado. (125)

Estas primeras tres partes del libro, más allá de la densidad conceptual que pueda presentarle a un lector no avezado en el discurso psicoanalítico, son de cierta forma el segmento más teórico pero más ameno del libro. Es el análisis puro de la dimensión histórica y afectiva de la escuela y su relación con el sujeto. Explora la relación de este con el docente, la relación del docente con la sociedad de donde emerge y analiza la relación de ambos con el saber. A partir de aquí el libro adquiere un tono entre lírico y autobiográfico que suaviza la profundidad analítica del comienzo. Quizás esta especie de desequilibrio de la obra tiene que ver con el deseo de respaldar algunas de las afirmaciones del inicio con algunos aspectos personales a modo de respaldo empírico de lo señalado.

Antes de finalizar, es pertinente señalar un aspecto que sobrevuela a lo largo de todo el ensayo que es la crítica a la educación por competencias. Al comienzo de la primera parte el autor define a la época actual como un “nuevo fascismo” (20). La base de este nuevo fascismo se apoya en la desaforada propuesta hedonista del capitalismo “que se expresa a través del poder hipnótico-seducor del objeto de goce ofrecido sin limitación alguna por el mercado, al alcance inmediato del cuerpo” (20). Según el autor la escuela de esta época es una escuela movida por el interés neoliberal de producir “habilidades eficientes” o como dice más adelante “adquisición de competencias y la

primacía del saber hacer...” estimulando la resolución de problemas en lugar de enseñar a saber plantear dichos conflictos (23).

En distintos momentos de su análisis el autor vincula a la escuela actual con el neoliberalismo, el capitalismo y la visión empresarial de la educación. Habla de esta escuela como la escuela de las tres íes: en italiano, *impresa, informatica, inglese*: “la escuela neoliberal exalta la adquisición de las competencias y la supremacía del hacer, y suprime (...) toda forma de conocimiento no relacionado de manera evidente con el dominio pragmático de una productividad concebida solo en términos economicistas” (23). Pero además señala la transformación que esta concepción de la educación promueve por parte del docente. Ya no es el encargado de realizar lo que para el autor es la esencia del trabajo docente (transformar a partir de la experiencia, el conocimiento en objeto erótico), sino que su función se reduce a entretener, distraer a los alumnos en clase sin pedirles que piensen. El saber que circula aquí está distanciado de la vida y lejos del deseo: “La escuela de las competencias especializadas (...) niega la erótica de la enseñanza” (135).

El cierre del libro está impregnado de la experiencia personal del autor quien plantea que se supo durante mucho tiempo el idiota de la familia. Narra una formación escolar accidentada, relegada pero apoyada por la figura de la madre que pagaba con el desprecio de las maestras hacia su hijo su belleza juvenil. Es claro que el autor quiere construir un relato negativo de su pasaje por los primeros años de escolarización en el que la aparición salvadora de la figura de una docente (Giulia) modificó su relación con el conocimiento y sobre todo con la escuela:

Tú cumpliste para mí esa función que Lacan ha atribuido al Nombre del Padre: separar la vida de la sumisión al deseo del Otro, separarla, sustraerla a su destino ya escrito. Convertirla en una repetición nueva, diferente, un corte, una invención. El nombre del Padre tuvo para mí el nombre de una mujer. (153)

Evidencia empírica del poder transformador del docente, Recalcati se nos muestra como prueba viviente de que la transformación a través del vínculo docente-alumno-conocimiento solo es enriquecedora si el amor está de por medio.